

mentos estuvo sin pronunciar palabra. Mientras tanto el bote deslizábase plácidamente, ya sobre un lecho de algas, que dificultaban aún más que antes el manejo de los remos, ya bajo frondosos árboles, pero siempre entre elevadas márgenes que se destacaban sobre sus cabezas.

—¡Por favor! ¡Mira qué plantas tan hermosas! — exclamó Alicia de pronto, en un transporte de alegría —. ¡Son realmente bellas... y qué perfume exhalan!

—No necesitas decirme ¡por favor! para eso — repuso la oveja sin abandonar su trabajo —. Yo no las puse ahí, ni las voy a sacar de donde están.

—Ya sé. Lo que quiero decir..., por favor... ¿Podemos detenernos y cortar algunas? Si no te opusieras a que el bote parara unos minutos.

—¿Y cómo puedo yo detenerlo? — contestóle la oveja —. Deja de remar, y él solo se detendrá.

El bote fué abandonado a sus propios impulsos, deslizándose sobre la ondulante corriente entre perfumadas adelfas y lujuriantes nenúfares... Alicia se levantó las diminutas mangas de su vestido y sumergió en las aguas cristalinas sus dos bracitos hasta el codo, para poder asegurar desde bien abajo los tallos antes de arrancarlos... Por unos minutos se olvidó en absoluto de la oveja y de su calceta, y permaneció inclinada sobre el agua con las trenzas sobre la corriente, los ojos llenos de ansia y de entusiasmo, ocupada en las plantas.

—Lo único que deseo es que no zozobre el bote — pensó —. ¡Oh, qué hermosa rama! ¡Lástima que no esté a mi alcance!

Esto, francamente, contrariábala un poco. «Como si lo hicieran a propósito», pensaba, pues aunque recogía muchísimas y fragantes flores mientras el bote avanzaba con lentitud, siempre había alguna mucho más bella, que no podía atrapar.

—¡Las más lindas son siempre las que están más lejos! — exclamó suspirando ante el alejamiento obstinado de aquellas ramas, mientras que, con las mejillas encendidas, las manos y el pelo chorreando, revolvíase en el asiento, arreglando los tesoros recientemente adquiridos.

¿Qué le importaba a ella que los ramos empezaran a marchitarse y a perder toda su belleza y perfume en el mismo instante en que los arrancara? Hasta las flores reales duran poco... Y éstas, flores de ensueño, fundíanse como la nieve conforme las iba amontonando a sus pies... Pero Alicia apenas si se preocupaba de este detalle. ¡Había otras cosas tan curiosas en qué pensar!

Seguramente estaban muy lejos, cuando uno de los remos se atascó dentro del agua sin que hubiera forma de arrancarlo (así lo explicaba ella luego). Las consecuencias no fueron muy agradables. El mango dióle debajo de la barba y, a pesar de una serie de gritos de miedo y de protesta, fué lanzada de su asiento sobre el marchito montón de flores y ramas.

A pesar del golpe no se hizo ningún daño, y pronto se puso de pie, mientras la oveja seguía atareada con su calceta, como si nada hubiese sucedido.

—¡Qué lindo cangrejo has pescado! — exclamó la oveja cuando Alicia se acomodaba de nuevo en su asiento, contenta de verse aún dentro del bote.

—¿Un cangrejo? ¡No lo vi! — repuso Alicia, e inclinándose sobre un lado de la barca se puso a espiar atentamente las oscuras aguas —. Hubiese preferido que no se escapara. ¡Deseaba tanto llevarme uno a casa!

La oveja rióse burlonamente, siempre dedicada a su calceta.

—¿Hay muchos cangrejos por aquí? — le preguntó Alicia.

—Cangrejos y toda clase de objetos — respondió la